

# LA MEDALLA

---

Autor: CARLOS MASTRONARDI

---

Cuando los años me hicieron dejar la oficina,  
los viejos empleados se juntaron hacia el atardecer,  
y después de levantar las copas  
pusieron en mis manos una medalla,  
grato presente que según la costumbre,  
los hombres acuñan –penoso es decirlo-  
en obstinada materia,  
porque saben que el alma tiene hondones  
y resquicios que al fin serán su ruina.  
Acuden, pues, a la firmeza  
del oro o del bronce  
para dar ilusoria persistencia  
al recuerdo que vacila.

Estuve, así, un momento  
con esos compañeros afables y sencillos  
a quienes apenas conocía,  
pues nuestros vínculos eran los que impone el  
trabajo,  
y en verdad sólo la inercia y el tiempo  
promovieron la amena ceremonia,  
en cierto modo impersonal,  
dispuesta por aquellos obsequiosos

para despedir a una imagen periódica,  
ya que nada sabían de mi esencia profunda,  
plasmada en alegrías, deshonras y flaquezas.

Todo ocurrió como en un libro,  
como si fuéramos vagos signos,  
pero las formales palabras de encomio  
y la inmutable ofrenda con mi nombre  
espejaban veraces  
el cuidado que ponen los mortales  
en sostener y afianzar la cosa incógnita,  
la vaporosa vida.

Se apagó la amable tertulia,  
y mientras unos pocos prolongaban el diálogo,  
agradecí su presencia y busqué la calle.  
Cuando descendía la escalera,  
como quien vuelve a sí mismo y quiere andar solo,  
pensé en la fiesta ya desvanecida,  
y me dije que el obsequio perenne  
también se disipaba en aire y sombra,  
pues pude vislumbrar  
-triste menos por mí que por todos los humanos-,  
que la inscripción del metal perdurable  
se borraba y perdía de modo extraño.

Sentí, entonces, que esa anulación instantánea,  
contra la cual levantamos dignidades y valores,

nos enseña que es mejor perder de una vez  
lo que habrá de perderse.  
Y también me fue dado imaginar  
que la medalla del agasajo,  
símbolo que al olvido lleva una vana guerra  
y parte de la intriga benévola  
que nos miente sustancia y nos ayuda,  
iría a parar al fondo de un cajón,  
y allí quedaría, ya nivelada con todo  
lo que integra y devora el pasado,  
desde el diamante hasta el hombre,  
tan tenue y enigmática como la misma vida.

(De "Poemas inéditos de distintas épocas")